

Meditaciones de un lego sobre la relación paciente - médico

Martín Barba

*Abogado (ex juez y Fiscal Federal)
martindesalta@yahoo.com.ar*

Inmanencia 2017;6(1):87-89

El Dr. Francisco Maglio asegura en “El ‘escuchatorio’ en la relación médico-paciente”,¹ que tal relación despersonaliza, aliena y hace desaparecer al “otro” como persona.

Coincide con mi apreciación acerca de las fuerzas naturales que el hombre ha recibido y que a veces abandona para someterse a la dependencia de factores y fuerzas extrañas. Encuentro en esa abdicación la alienación de su individualidad. Quien ha sufrido la desarmonía que se materializa en la enfermedad, se pone fuera de sí (alieni en latín=afuera). Se despersonaliza frente a otro, desaparece la “otredad humanizada” y empieza constituirse en un objeto sobre el que hay que trabajar. Se produce un desencuentro y como afirma Unamuno “desaparece el ser humano de carne y hueso que sufre, piensa, ama y sueña” o se manifiestan dos “yoidades”, como dice Maglio.

La alienación del paciente, proviene de dos fuentes que confluyen en el “interrogatorio”.

La primera nace en la abdicación del hombre, que lo lleva a confiar sólo en las fuerzas extrínsecas. Cuando el médico abandona el “medeos” y elige la “tekné”, brota la segunda fuente. Entonces, la relación médico – paciente (RMP) se “tecnologiza” y se “despersonaliza”.

Conforme con esta concepción, opino que debería reemplazarse la definición RMP por la de relación paciente-médico (RPM). Quizá indique con más rigor, cómo la relación debe surgir a partir de aquél en quien nace la necesidad: quien sufre la enfermedad, quien protagoniza la historia, es el paciente. La concepción de una medicina basada en la narrativa, como la concibe Maglio “no se opone a la visión médico-técnica, sino que la enriquece con la visión desde el paciente”.

Adoptando la correcta dirección en que se desliza el vínculo, no se producen la “objetividades medibles”, sino las “subjetividades dolientes” que reclama Maglio. Frente al paciente no caben dictámenes que lo avergüenzan (“tenés acné”), discriminan, atemorizan (“tenés sida”) o promueven desolación, como el que me tocó sufrir (“esta mancha puede indicar una metástasis”).

Si observamos el origen de la relación, aceptaremos que surge cuando la persona detecta alguna desarmonía que provoca merma o detrimento en sus

potencialidades, lo considera alteración dañosa y atribuye su generación a alguna enfermedad. El individuo sufriente se “entrega” al “interrogatorio” del galeno, buscando respuestas en factores extrínsecos, porque desconoce esas fuerzas naturales que posee. A partir de aquí, la relación pasa al terreno del médico y puede asumir dos formas de obrar:

1- El “interrogatorio”, la “tekné” soberana y monopólica, en la que aparecen las dos “yoidades” y el desencuentro.

2- El “escuchatorio”, donde el médico ingresa al terreno del paciente y se adentra en su realidad, averigua su “sentir” y su “proyecto de vida” y origina la “otredad”. Recién entonces, introduce y emplea conocimientos científicos y técnicos, para identificar la enfermedad y plantear el camino terapéutico. Para potenciar éste, es sustantivo descubrir con el paciente las energías que porta, muchas veces sin conciencia de su existencia.

La terapéutica que ofrece la medicina basada en la narrativa, excede el relato que aporta el paciente al médico, al integrar lo que el enfermo “recibe” del profesional y así aprecia y utiliza las energías con que cuenta para la contienda contra la enfermedad. El frente principal de esas fuerzas es su “proyecto de vida”. El paciente trae –aun inconscientemente- la idea del camino de su curación. Concorre para confirmar esa idea, encerrada en su energía destinada a recuperar la armonía. Desea apoyarla en el conocimiento científico-técnico. El oído abierto del profesional ilumina su sendero, sin necesidad de otra manifestación y así integra ambas fuerzas. De este modo, el “escuchatorio” suma a la “tekné” el “medeos”, para sellar una alianza que reconoce, de manera explícita, la importancia de las fuerzas originarias del hombre. Sella la alianza de dos combatientes, dispuestos a luchar en el campo de batalla, situado en el cuerpo de uno de ellos. El paciente –aunque no sea consciente de ello- está reclamando que se cuente con sus propias fuerzas. Es necesario que ambos se consideren aliados y ninguno desprecie las huestes de su consocio. Uno solo es el enfermo, pero dos son los encargados de batallar contra la enfermedad. Ambos se reconocen en la RPM como fuerzas aliadas, para potenciar el esfuerzo que demanda la recuperación de la salud. La contienda exige que las

dos fuerzas actúen de consuno y reconozcan como necesaria la acción de la otra, máxime cuando una de ellas sabe que la derrota significará su inmolación. Las potencialidades que confluyen para lograr la curación, se activan a partir del encuentro en la “otredad humanizada”, provocado por el médico que puso su oído en el “escuchatorio”.

“Muchos pacientes se curan con la satisfacción que les produce un médico que los escucha”, asegura el aforismo hipocrático, evidencia de la puesta en acción de las potencialidades del paciente, que reconoce la garantía de un saber, que ofrece aquél en quien confió al entrar al consultorio.

Creo que debe darse un paso más allá de la relación médico-persona y enfermo-persona, superadora de la relación médico-robot y enfermo-robot, para arribar a una relación enfermo-médico persona y médico persona. En esto consiste la “otredad”, vínculo en el que se sacia el “hambre de piel”.

El hombre y su poder de ser feliz

El hombre tiene en su interior un poder, una fuerza, una capacidad, que le permite obtener lo que desea, en la medida que armonice su deseo con los propósitos o leyes del universo. Si ese es el caso, tales leyes favorecerán el deseo. El hombre ha ido perdiendo el conocimiento de esas leyes, la conciencia de ese poder y sometándose a una dependencia de factores y fuerzas externas. Tal abdicación hace que traslade sus deseos e intenciones constantemente a fuerzas y factores extrínsecos, que asumen la categoría de servidores imprescindibles para la consecución y realización de su bienestar y destino individual.

Así, cuando la armonía de su cuerpo tropieza con la enfermedad, sin duda por motivo de un antagonismo del ego con aquellas leyes universales, en lugar de recurrir al potencial ilimitado que reside en su espíritu para reordenar lo que se alteró, lo que tuvo su génesis adentro, busca la sanación, la recuperación de la salud perturbada, apoyado sólo en medios exteriores, de gran utilidad, pero no los únicos posibles para tal fin. Tanto en la génesis de la enfermedad, como en la recuperación de la armonía corporal: la salud, participa el propio enfermo.

El menosprecio de las energías que el Creador concedió al hombre para ser el principal gestor de su bienestar, ha ocasionado que se considere que la ciencia médica es el único y excluyente camino en la lucha contra la enfermedad.

Sin duda, numerosos médicos conservan la concepción del ser humano como una fuente de energía natural, con la que deben contar en su tarea, pero en la generalidad se prescinde de ella. Muchos, consideran al paciente como un objeto, al cual aplicarán las prácticas o procedimientos que juzguen necesarios, para ayudar a superar los aspectos que la enfermedad plantea. No consideran la realidad particular de

esa persona, única y diferente de cualquier otra, y tampoco valoran la totalidad estructural de ese ser complejo y casi perfecto, conformado por el aspecto físico –su cuerpo-, su espíritu, una realidad personal de inteligencia, voluntad y sentimiento, además de un historial de vivencias positivas y negativas, que contribuyeron a diseñar ese ser diferente y único.

De ningún modo debe restarse importancia a los conocimientos que brindan al médico los estudios científicos, destinados a identificar las enfermedades, las dolencias y las consecuencias que acarrearán y los métodos, prácticas y medicinas apropiados para combatirlas, eliminarlas, o al menos menguar sus efectos, con el objetivo de restaurar la salud. Sin tales herramientas, no podría concebirse que el hombre pudiera recuperar por sí mismo su estado de salud. El avance indubitable en la ciencia médica generó la necesidad de especialización en las diversas disciplinas, circunscribió la atención al disturbio de las funciones, aisló el concepto de enfermedad, pero oscureció la visión global del ser humano.

Creo equívoco, poner los medios científicos por encima y al margen de las potencialidades del propio enfermo. Este ignorar al poder de sanación, a la fuerza que ha otorgado el Creador al hombre, para recomponer la armonía perdida, limita e incluso puede malograr los resultados de los medios que la medicina ofrece.

Una experiencia personal

Aquejado por una grave enfermedad (cáncer) tuve ocasión de cruzarme con un médico de gran prestigio, reconocido por su conocimiento sobre el tema. Cuando frente a mí, pero dirigiéndose a otros médicos que lo rodeaban y mientras mostraba uno de mis estudios radiográficos, dijo algo así como: “¿no han advertido esta mancha que podría indicar una metástasis? La sola mención de la palabra, dicha a otras personas, como si yo no estuviera presente, al margen de hacerme sentir como un objeto de observación sin vida, me produjo una especie de explosión en vacío que era ahora mi propio ser, que parecía disgregarse en miríadas de partículas. Todas mis convicciones sobre la energía con la que cada uno cuenta, para participar en la propia sanación, entraron en crisis.

Volví en mí con gran esfuerzo. Me afirmé en la fe que me han dado y trato de conservar, que me ayudó a comprender, que soy un ser elegido por el Creador, del que provengo y en quien debo confiar, el mismo que me proporciona las energías con las que cuento. Dije al prestigioso profesional si él y yo, ambos, confiábamos en mi curación, me curaría sin ninguna duda. Él, contestó que confiaba en sus conocimientos y prácticas. Entendí que, decididamente yo estaba al margen de la cuestión. Me confirmó que yo sólo era un objeto sobre el cual pondría en acción esos

conocimientos y esas prácticas y que su concepción sobre el hombre, la enfermedad, la misión y el alcance de su saber médico, no concordaba con mi ideario. Entendí que ese no era mi médico. Nunca más volví a verlo.

Desde entonces busco, y felizmente encuentro, algunos médicos que tienen clara mi condición de hombre, un ser imprescindible en la Creación, destinado a ser feliz y a perdurar en ella, con las energías que el Creador me ha dado para mantener la armonía conmigo mismo, con mis semejantes, con el Universo y con el mismo Dios.

El médico genuino, encuentra al individuo en el que nació la enfermedad y utiliza los instrumentos, las herramientas que el saber galénico aporta, para evidenciar el origen del sufrimiento que aqueja al paciente y se asocia con él, para lograr la armonización de la que resultará la salud. Reconoce que el paciente es un ser a quien Dios creó a su imagen y semejanza y dotó de fuerzas vitales, que lo asistirán para encontrar el camino terapéutico.

El auténtico médico es un enamorado del enfermo, más que de la medicina. Lleva consigo el espíritu de salud, la esperanza de la sanación y se convierte, en la conciencia del paciente, en la seguridad de un destino de vida, en un trayecto hacia la salud. Por ese

enfermo soporta muchas veces la pobreza, la soledad y las carencias de los parajes lejanos, pero lleva consigo una luz, con la que busca la humanidad de un ser que lo espera, para emprender con él el camino hacia la vida. A veces, sólo basta con su presencia y atención, como reconoce el antiguo aforismo: “muchos pacientes curan con la satisfacción que les produce un médico que los escucha”.

Pero la entrega del médico hacia el paciente, no es cabal y acabada sin la de aquel personaje del drama hospitalario, el enfermero, que consume y perfecciona la lucha contra el dolor, el temor y el sufrimiento, que acompañan al enfermo, en esa prueba en la que está en juego su existencia. El médico también se apoya en esos auxiliares de la atención, que obran por vocación y por amor, verdaderos aliados terapéuticos en la lucha contra el dolor y la enfermedad. Y fortalecen y tranquilizan el ánimo del enfermo, esa voz afectuosa del enfermero y la caricia suave de la enfermera, mientras sigue, incesante, la búsqueda de la extraviada salud.

1. <http://www.intramed.net/contenidover.asp?contenidoID=74516>

